

MENDOZA

UNO/Mirko Ruggiero



Un fotógrafo de nuestro diario captó el momento preciso en que personal de la Municipalidad de la Capital mutilaba unas moreras. En otros municipios pasan cosas semejantes.

No es exagerado decir que en poco tiempo no habrá más forestales en el Gran Mendoza

Muere el arbolado de la Ciudad

Por ULISES NARANJO
De la redacción de UNO

Hace unos cien años, entre muchos, a un visionario de entonces, llamado Emilio Coni, médico él, se le ocurrió que este desierto podría ser convertido en un bosque. Otro Emilio, apellidado Civit, concretó el sueño hasta tal punto que los europeos describían a Mendoza como "una ciudad dentro de un bosque". Hoy, a punto de entrar al tercer milenio, ese bosque se encuentra en agonía. Y si no hacemos las cosas como debemos, morirá.

Por aquel entonces, el 20 por ciento de los niños se moría por dificultades respiratorias y por esto la idea surgió de un galeno. Los que habían diseñado la ciudad no tuvieron más que copiar el sistema de riego de los huarpes, hacerle modificaciones y, claro, exterminar a los ideadores, que se habían inspirado, a su vez, en los incas.

El arbolado del Gran Mendoza se está muriendo y las causas son varias. Para empezar, cuando fueron plantados casi no había vehículos, generosos ellos a la hora de contaminar. Tampoco había grandes edificios que quitaran el vital sol a las plantas. Tampoco había asfalto, que funciona como

un parrilla radiante que devuelve intensísimo calor. Tampoco había acequias impermeabilizadas con asfalto que —salvo en un pequeño nicho alrededor del tronco— no permiten que el agua se filtre y llegue a las raíces de los forestales; además de que hacen correr el agua a altas velocidades estrechando el tiempo de filtrado. Tampoco había tendido de cables de luz, teléfono, televisión por cable. Tampoco había cañerías subterráneas de gas, cloacas, teléfonos y agua. Tampoco había tanto ruido, que —algún profesional dirá si esto es disparatado— ocasiona a las plantas un estrés diario y sostenido. Tampoco había mucha gente dispuesta a matar el tiempo matando árboles a fuerza de corazones heridos, cadenas de motos o bicicletas, colgado de carteles y hasta puñaladas de clavos.

Los forestales sufren agresiones aéreas y subterráneas. Por otro lado, digamos que han sido plantados a la altura de la vereda y no de la acequia, por lo que les cuesta mucho tomar agua, salvo que alguno bueno de corazón esté dispuesto a regarlos.

Todo esto ha provocado un estado de debilidad. El nuestro es ahora un bosque sin fuerzas, muy propenso a las enferme-

dades. Plagas como la del cascarudo blanco, la mosca blanca del fresno y el taladrillo son comunes, más allá de las enfermedades particulares de cada especie.

Hoy por hoy, a un árbol le cuesta mucho crecer en la *city menduca*. Y si no, un ejemplo: ¿recuerdan los hermosos fresnos de la calle Lavalle entre San Martín y San Juan? Pues bien, hicieron los cines y echaron a bajo todos los árboles. Veinte años después de la masacre, ningún árbol ha crecido con dignidad allí. Ni crecerá.

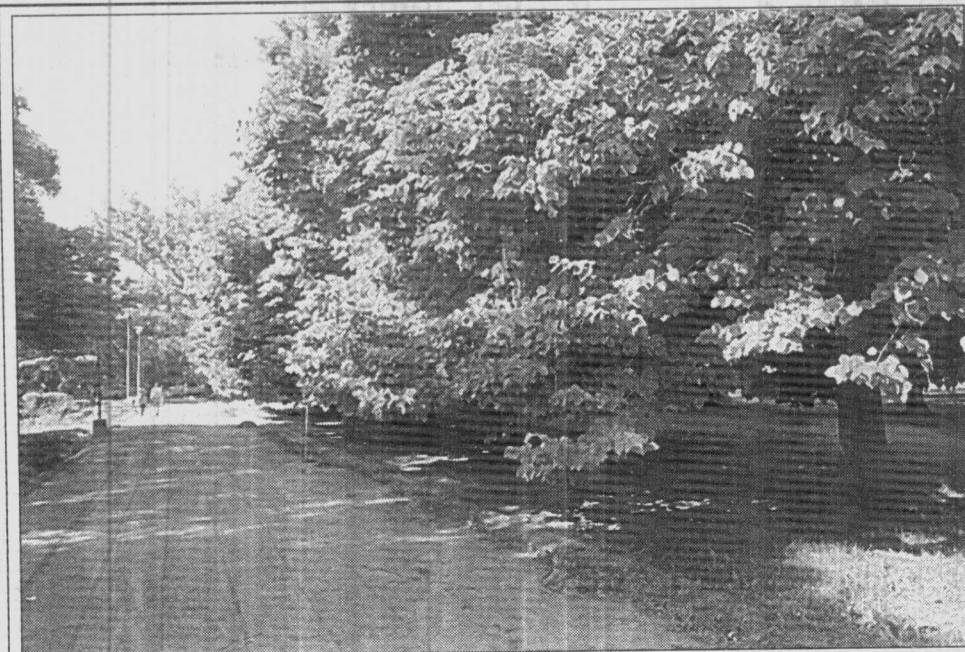
Seguramente, a más de uno se le partirá el alma leyendo estas líneas, pero a la hora de los bifés nadie se calienta demasiado. Aunque a todos nos gusta ir a tomar mate y sombra el Parque o a cualquier plaza. Y estas evidencias no son nuevas. Sería novedoso que la sociedad mendocina —nuestro pequeño monstruo al pie de las montañas— cambiara. Que cambiaran los funcionarios encargados de dictar políticas, que cambiaran las intendencias que quieren progresar a cualquier precio, que cambiara el concepto de las obras públicas privadas —a nadie parece importarle el árbol, importa el garaje, la calle, la multinacional, el edificio público— y que cambiara la gente.

Sin embargo, la verdad es que a la Dirección de Recursos Renovables llegan 4.000 pedidos anuales de gente que quiere que le corten el árbol porque les impide guardar el auto o porque las raíces se metieron dentro de la casa. Hay métodos absolutamente eficaces para evitar estas contingencias sin cortar la planta.

Dejamos para el final un tema del momento: esta es época de poda, pero ¿qué significa esto? El objetivo de la poda es comercial: lograr una mayor producción de la planta. Entonces, no hay por qué podar los árboles del Gran Mendoza, salvo que representen algún peligro. Y valga este ejemplo: un duraznero en producción vive quince años, uno que crece en libertad vive más del doble. La poda es una agresión para la planta, una puerta de entrada a nuevas y creativas enfermedades.

Acá somos todos culpables. Y el que no lo sea, que se siente a la sombra de algún ejemplar de la calle Patricias Mendocinas o Salta, pero cuidado: la camisa quedará completamente llena de hollín.

Una cosa es cierta: no se oyen los insultos porque los árboles, si bien saben morir de pie, aún no han aprendido a hablar.



Un consejo fundamental

Este año, una de las medidas más saludables que se han tomado con respecto al estado del arbolado es la oficialización del Consejo del Arbolado Público. El ente agrupa a Recursos Renovables, Irrigación, Vialidad, Facultad de Ciencias Agrarias, Iscamen, Centro de Ingenieros Agrónomos, Sociedad de Arquitectos y organizaciones no gubernamentales como la Fundación Cullunche.

El ente con mayor responsabilidad es la Dirección de Recursos Renovables, que

tiene el poder de policía —o sea el de sanción en los casos que corresponda— y también el papel de educador y previsor en el tema, en el que trabaja junto a organizaciones no gubernamentales.

Este consejo viene a cubrir un ámbito de decisión muy claro: discernir cuándo corresponde y cuándo no cortar un árbol. De este modo, Recursos Renovables se evita las presiones de corte político o empresarial: ya no es una sola la organización que decide. Y el fallo del consejo es inapelable.

Pongamos un ejemplo: recientemente un departamento —no digamos que fue San Rafael— envió un pedido de autorización para cortar 350 árboles. Una primera inspección redujo la cifra a 150; una segunda, a 78 y una tercera y definitiva, a 22 casos razonables. Se salvó el 94 por ciento de los árboles que pensaban cortar. Aplausos, por favor.

Si no se toman las medidas adecuadas para recuperar la cultura del árbol, Mendoza será otra vez desierto.